

LUCES Y LUCEROS



Durante las largas esperas en el puerto de Málaga a la arribada del barco de pesca de mi padre después de un mes de campaña solía pasar largo tiempo en la caseta del celador de la Comandancia de Marina Dn. Jaime Ramos Seoane, de origen gallego, el cual me distraía con cuentos de meigas y otras fantasías y una de estas historias fue el origen de este cuento que le dediqué como regalo de Navidad.

Los protagonistas y lugares de la historia nada tienen que ver con la realidad ni con el relato que me sirvió de inspiración

CUENTO DE NAVIDAD

La bruma que durante la noche se había formado sobre la superficie del mar resistía los embates de los tímidos rayos de sol en la fría mañana de aquel veinticuatro de Diciembre.

El mar en calma contemplaba como su superficie era rasgada por el tajamar de aquel motovelero que, en el silencio de las inmensidades marinas, avanzaba rápidamente levantando con la proa un abanico de agua y espuma que al volver a caer sobre la superficie entonaba un melodioso y a la vez fantasmal siseo acompañando a la silueta del buque difuminada por la niebla.

En el puente de mando sobre el alerón exterior Jaime, el segundo oficial, miraba fijamente al horizonte enfundado en su chaquetón de lana azul y cubierta la cabeza con un pasamontañas bajo su gorra de oficial que solo dejaba al descubierto sus profundos ojos grises y sus oscuras cejas. Aun así el frío intenso de la mañana se hacía sentir en su cuerpo ligeramente encorvado como queriendo retener el máximo de calor dentro de su vestimenta.

Esta era la primera Navidad en su vida que iba a pasar en altamar lejos del domicilio familiar y sin la compañía de sus padres. A sus treinta años, con su reciente título de Oficial de puente de la Marina Mercante, había embarcado en el mismo buque en el que su padre lo hizo durante doce años como mayordomo.

Su mayor ilusión hubiera sido la de navegar juntos hasta la jubilación de su padre, pero el reuma y la humedad de la bruma de las costas gallegas le habían dejado el brazo derecho semiparalizado y desde hace dos años había dejado de navegar y pasado al retiro en el pueblo donde residía y donde pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de su esposa.

Aquella Nochebuena el motovelero pasaría frente a las costas gallegas en su singladura de Bergen a Lisboa y Jaime pidió al Capitán arrumbar a la costa hasta avistar los acantilados en lo alto de los cuales estaba la casa de sus padres donde había pasado gran parte de su vida.

Pasaban las horas y la densa niebla no levantaba, el rostro de Jaime reflejaba la tristeza de pensar en que seguramente esa noche no podría divisar la costa y no vería las luces que, según habían convenido, sus padres iban a agitar en el aire para saludarle y que para él iban a formar la más bella felicitación de Navidad que jamás podría soñar.

Manuel el padre de Jaime observaba el horizonte a través de los cristales del mirador del balcón, con el rostro sereno pero transido de dolor. Ni los vientos marinos, tempestades, risas o llantos, habían alterado nunca aquel semblante curtido en los mil avatares de su vida marinera, pero aquellas furtivas lágrimas que recorrían caracoleantes los surcos de sus mejillas formaban el cortejo fúnebre más doloroso que poeta alguno haya podido narrar.

Aquella fría mañana de nochebuena su esposa Rosa no se había levantado, su vida se había esfumado de su cansado cuerpo la noche anterior, mientras dormía, con la paz y tranquilidad con que esta mujer había entregado su vida entera a su familia.

Con el reverso de la mano Manuel enjugó las lágrimas de sus mejillas y suspirando profundamente se encaminó nuevamente hacia la habitación y allí se sentó frente a la cama, contemplando aquel rostro que después de la paz de la muerte mostraba rasgos inequívocos de una gran belleza perdida en una lejana juventud y enfundado en la blanca mortaja que él mismo con manos temblorosas había colocado sobre el cuerpo de su esposa.

Con la vista perdida en un sencillo crucifijo tallado en alabastro sobre una cruz de madera colocado por encima del cabezal de la cama, Manuel parecía hipnotizado por el movimiento de las sombras que la ondulante llama de la lámpara de aceite proyectaba sobre la pared, y entre susurros con voz apenas audible musitó.

- No Rosiña, no..., Hasta mañana tu seguirás viva para todo el mundo.... Sobre todo para nuestro hijo Jaime.

Una pausa y siguió con sus susurros, como si hablara con su esposa

- Esta noche nuestro pequeño Jaime verá las dos luces en el balcón como saludo Navideño, tal y como habíamos convenido cuando nos llamó desde Bergen,... él verá tu luz y la mía,... yo moveré las dos y te prometo que como este maldito brazo no cobre vida y sea capaz de mover tu luz me lo corto y lo arrojo a los peces.

Manuel apoyó su frente sobre el tubo de la cama metálica y siguió con su monólogo.

- Mañana lo sabrán todos los demás..., Jesusa..., Adrián..., Mariana..., Lucia..., Evelio..., A todos se lo diré mañana pero esta noche no,... esta noche no,...que no se entere Jaime que sea para él una noche de Paz,... una noche de Vida.

La tarde avanzaba y Jaime iba cobrando nuevas esperanzas al ver que mientras el buque se acercaba a la costa la neblina se iba disipando por la influencia del clima cálido de la península y la luna empezaba a asomar por el horizonte, empezaba a vislumbrarse una noche clara y llena de estrellas. Desde el exterior del puente oteaba el horizonte y conforme avanzaba el tiempo empezaba a vislumbrar la silueta de los acantilados de la costa Atlántica Gallega de forma nítida ya que la bruma había desaparecido por completo.

Salió de nuevo a cubierta enfundado en su uniforme de gala temblando de emoción y

pese a no llevar chaquetón ni pasamontañas no notaba el efecto de la fría noche en su cuerpo y aunque de vez en cuando se estremecía no era debido al frío sino a los nervios producidos por la lentitud con que el tiempo avanzaba mientras el buque se acercaba a la costa.

Y esa iba a ser su gran fiesta de Navidad, Esperanza con mayúsculas, Esperanza de abrazar a sus seres más queridos través de dos luces en la lejanía, Esperanza de comunicación y fusión de almas sobre el manto húmedo del océano, Esperanza de fe, Esperanza de paz.

Por fin, al filo de las diez de la noche, recortada sobre la claridad de la luna, los aguileños ojos de Manuel descubren la silueta del barco, de su barco, del barco que durante veinte años fue su hogar.

Rápida y torpemente manipula los dos fanales que ya tenía preparados y tras varios intentos consigue prender sus mechas que en breves instantes arden vivamente y antes de salir al balcón volvió a entrar en la alcoba, besó la fría frente de su esposa al tiempo que musitaba

- Tú estás más cerca de él que yo,... cuídale Rosiña

Entonces tomando un fanal en cada mano salió al mirador sin importarle el frío de la noche, pero sus ojos empapados en lágrimas no distinguían nada.

De repente le pareció ver en el mar dos destellos de luz era la señal convenida con su hijo y empezó a agitar sus brazos como aspas de molino en cuyos extremos volaban las luces de los fanales.

Sobre la cubierta Jaime no salía de su asombro, el foco que tenía en su mano no estaba encendido aún, él no había hecho ninguna señal y sin embargo allí estaban las

luces,... ¡eran ellos, seguro!, Entonces sí, entonces devolvió el saludo con destellos luminosos con su foco.

Los ojos de Manuel sólo veían destellos de colores producidos por la descomposición de la luz de sus propios fanales sobre las lágrimas que los empapaban. Pero sabía que allí enfrente su hijo le estaba viendo y respondía a su saludo y que su Rosiña estaría con él.

De pronto su brazo derecho se paró, su hombro derecho no pudo más, con el rostro crispado realizó un nuevo intento pero el brazo siguió inmóvil. Iba a rendirse cuando le pareció oír un susurro con la voz de su esposa.

– Por favor no te pares Manuel..., Ahora no..., No te pares sigue por favor.

Entonces Manuel enervó todo su cuerpo y lanzó el brazo hacia arriba con tal fuerza que el fanal se escapó de su mano y tras ascender unos metros se apagó y cayó por el acantilado, mientras él se derrumbaba sobre el suelo del balcón llorando amarga y desconsoladamente.

Cuando se detuvo el brazo de Manuel Jaime tuvo un presentimiento y un nudo atenazó su garganta, un instante después vio que la luz volvía a subir hacia el cielo y desaparecía justo al coincidir con uno de los mil luceros de la noche.

Instintivamente se descubrió y mientras guardaba su gorra bajo el brazo dos lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas destellando reflejos de luces de colores reflejos de **Luces y Luceros**.

Volvió a colocar la gorra de plato en su cabeza y se cuadró militarmente saludando al firmamento.

DEDICATORIA

A Jaime Ramos Seoane, Sargento celador del despacho de la Comandancia de Marina del Puerto Pesquero de Málaga.